
EL AGOTAMIENTO DE LAS CREENCIAS Y EL RETO DE LA NACIÓN EN ORTEGA Y GASSET

*Lic. Sebastián Bastías A.**

Cuando se produce un agotamiento de las convicciones el hombre se encuentra frente al desgaste de las creencias y en crisis. Es por ello que es necesario el aceptar y reconocer estas crisis como propias de la historia, nos señala Ortega, y no sólo el reconocimiento de éstas, sino ver en ellas como propias de aquella naturaleza humana —que es la historia— que nos permiten avanzar como el ser del hombre mismo.

Palabras clave: Ortega y Gasset, nación, identidad, crisis, creencias.

DEPLETION OF BELIEFS AND THE CHALLENGE OF THE NATION IN ORTEGA Y GASSET

When convictions are drained out, men face a depletion of beliefs and crisis. That is why it is necessary to accept and recognize these crisis as stuff of history, Ortega points out. And not just recognize them, but see in them something that is proper of human nature. History allows us to move forward and progress, as an individual human being, with an own history.

Keywords: Ortega y Gasset, nation, identity, crisis, beliefs.

*Universidad de Chile, Santiago, Chile- Becario CONICYT. Correo electrónico: sbastias@uchile.cl



1. El Agotamiento de las Creencias y la Crisis como posibilidad de Proyecto

EN LA MEDIDA EN QUE UNA DETERMINADA *VIDA HISTÓRICA* SE VUELVE VIEJA y obsoleta, es decir cuando la colectividad ha dejado atrás una *determinada interpretación del mundo*, más alejados se encuentran los hombres de aquella angustia que les produce el estar “perdidos en el mundo” y no saber en que poder afirmarse, es un estado de “perdición” con respecto a la propia vida. Los hombres, al sentirse en tal estado, se encuentran realmente culturizados y cultivados. Y es que no debemos ver, nos señala Ortega, que ese estado de la imposibilidad de aferrarse a viejas creencias representa una crisis de la cual es imposible escapar. Sino que al contrario, ese estado de angustia representa la posibilidad de traspasar y dejar atrás las creencias erosionadas para proyectar un nuevo horizonte. Es como si de esa angustia y desde ese estado de “pérdida de creencias” el hombre se sintiera heredero y constructor de un pasado dejado atrás, y ese hombre, constructor, se encuentra con las “ruinas del pasado” y avanza con ellas pero proyectándose y sintiendo la necesidad de dejar de lado ese presente desgastado y avanzar hacia la única posibilidad de, valga la redundancia, avanzar; hacia el futuro.

En pos de poder decidir sobre lo que va a hacer o ser “el hombre debe poseer algunas convicciones sobre las cosas que le rodean o los otros hombres”¹. Por ello, el hombre debe “estar en alguna creencia, y que la estructura de su vida, depende primordialmente de las creencias en las que esté, siendo los cambios decisivos de la humanidad los relacionados con los cambios de creencias, en su intensificación o debilitación”². A partir de ello es posible comprender la máxima historiográfica planteada por Ortega: “El diagnóstico de una existencia humana –de un hombre, de un pueblo, de una época” tiene que comenzar filiendo el repertorio de sus convicciones. Son estas el suelo de la vida. Las creencias son lo que verdaderamente constituye el estado del hombre; pero este repertorio no posee en ningún individuo ni en ninguna época una articulación plenamente lógica cuando se presentan como simple idea; en su coexistencia, las ideas son en muchas ocasiones contradictorias o inconexas”³.

Pero no debemos de confundir, “la creencia no es simplemente una idea”⁴. Y es que *la idea* supone un *pensamiento espontáneo*, un acto que es pensado pero que no obligato-

1 ORTEGA Y GASSET, José, *Historia como Sistema*, Espasa-Calpe, Madrid, 1971, p.10.

2 *Idem.*

3 *Idem.*

4 *Idem.*

riamente afectará nuestro comportamiento. Las creencias sí forman un sistema articulado desde el punto de vista lógico o intelectual; poseen una articulación vital, suponen una estructura jerárquica. Esta estructura permite, a juicio de Ortega, “el entendimiento de su orden interno, y con él, el de la vida humana”⁵.

Cuando se produce un *agotamiento de las convicciones* el hombre se encuentra frente al *desgaste de creencias*, y estas creencias que lo hacen vivir, al estar desgastadas, producen en este un colapso de su propia vida; al intentar vivir una vida que no tiene credibilidad en sí misma. Se vuelve una vida anacrónica, enclavada a la fuerza en el pasado, o en lo que él considerará una falsedad o ficción, porque ya no será posible creer en ella como una “convicción” real de vida. Es por ello que es necesario el aceptar y reconocer estas crisis como propias de la historia, nos señala Ortega, y no sólo el reconocimiento de estas sino ver en ellas como propia de aquella *naturaleza humana* –que es la historia– que nos permite *avanzar y progresar*⁶.

Frente a las crisis de las convicciones, usos y creencias, el hombre se siente abrumado; aplastado por la realidad y totalmente “desconectado” de ella. El hombre, *los hombres*, no pueden vivir así, al menos debe estar de acuerdo consigo mismo y en lo que creen, puede que decida seguir asumiendo su pasado y ese desgastado sistema de creencias, pero no lo convencerá ya que será una suerte de *cuero muerto* para él. Pero eso es falsear su propia vida, vive o trata de vivir una vida que no es suya, que no le pertenece más.

Cuando un hombre o grupo de hombres se encuentra envuelto en tales *circunstancias* es que nace la situación de *crisis*. Y esta crisis es tal porque el hombre se encuentra desfazado al no tener vigencia con el sistema de creencias que anteriormente sí podían explicar su presente y su vida. Y aquí subyace el haz de luz fructífero de la crisis; una nueva visión del mundo que resuelve, o busca resolver, las deficiencias del pasado a la vez que lo supera e integra. Este es el verdadero progreso y el reto que debe enfrentar el hombre y los grupos de hombres para poder realmente mirar el futuro, abrazarlo, y avanzar⁷.

5 *Ibidem.*, p. 14.

6 El hecho de compartir un mismo momento histórico, político, y de coincidir en un mismo espacio y un mismo tiempo, hace que los individuos de una generación tengan unos rasgos de identidad específicos bien definidos. Unas generaciones alcanzan un mayor desarrollo intelectual y hacen acelerarse a la historia en mayor medida que otras. Estas diferencias se deben al modo en que cada generación se enfrenta al legado recibido (puede asumirlo como sí, en lugar de una interpretación de la realidad se tratase de la realidad misma o puede considerarlo discutible) y cómo, partiendo de esa base, es capaz de enfrentar el futuro incierto. Toda generación es capaz de espontaneidad (pues está viva, se compone de individuos vivos), y gracias a esa espontaneidad puede dar lugar a una nueva sensibilidad vital que desencadene el resto de cambios que va habiendo de una sociedad a la que la sucede.

7 Ortega, al respecto, utiliza la idea de *generación* para captar los ritmos vitales y la inserción del individuo, o individuos en la historia. La cita siguiente, del Profesor Jorge Acevedo creemos que es esclarecedora al respecto: “*En torno a la idea de generación se unen los conceptos de sensibilidad vital, sistema de creencias, mundo de convicciones y mundo vigente, lo que, de diversas maneras, dan cuenta de lo mismo: el ámbito en que se produce el cambio constitutivo de la historia, el de las generaciones históricas*”. ACEVEDO, Jorge, *La Sociedad como Proyecto*, Universitaria, Santiago de Chile, 1994, p. 64.

Ortega considera importante precisar que su filosofía no deja de ser racional por ser vitalista. La razón es vital, pero no deja de ser razón. La vitalidad está vinculada a la espontaneidad. El hombre es espontaneidad y el racionalismo no puede afrontar la auténtica comprensión de dicha espontaneidad, puesto que lo que esta corriente hace es crear un conjunto de ideales que, lejos de todo impulso y deseo, se articula sólo en virtud del mandato de la razón. De esta manera: “el racionalismo es un gigantesco ensayo de ironizar la vida espontánea mirándola desde el punto de vista de la razón pura”⁸.

El hombre es vida y la vida es drama, acontecimiento problemático. También es que-hacer. A través de lo que hago construyo lo que soy. El hombre tiene que hacerse y determinar, a través de ello, lo que va a ser. Lo único que el hombre se encuentra como dado es su circunstancia. La circunstancia es un cúmulo de opciones. El hombre, al ir eligiendo de entre ellas, se hace una figura de sí mismo. Mientras se tiene la libertad de elegir es porque aún no se ha elegido. El ser libre tiene una constitutiva inestabilidad, y no hay en él nada más fijo y estable. El ser libre no se ha conformado aún a sí mismo: “Ser libre quiere decir carecer de identidad constitutiva, no estar adscrito a un ser determinado”⁹, señala Ortega. Como veremos más adelante, esta cita resume no sólo la vida individual, y su relación con la libertad constitutiva de esta, sino a la vez, la diferencia entre pueblo y nación, y cómo esta última apela a ser una construcción permanente y evolución del primer término, que, teniendo una formación histórica no se puede convertir en *proyecto de vida*, ni de vida plena individual como tampoco colectiva.

2. La Nación: proyecto de vida en común

En la obra de Ortega la *idea de nación* no aparece como un término estático y definitivo, sino más bien como un concepto dinámico y provisional. Y es que de la misma manera que no hay una teoría del Estado explícita en la obra orteguiana, tampoco la hay con respecto a la idea de nación y se referirá a esta problemática dentro de su acepción cultural, y otras veces desde su perspectiva política.

En el pensamiento de Ortega el sentido de la Nación, en referencia a los pueblos europeos, tiene un significado de “unidad de convivencia” diferente a lo que normalmente entendemos por “pueblo”, ya que este último es considerado por nuestro autor como una “colectividad” que se constituye por un repertorio de usos que el azar o las vicisitudes de la historia, de su propia historia, han creado pero carentes de proyección hacia adelante, sino proyectada siempre hacia un pasado. En cambio, la Nación tiene un carácter histórico, como toda vida humana y toda construcción de “estas vidas humanas”, así el hombre construye desde su *realidad radical* su propia historia y, a la vez, una *naturaleza en conjunto* que es la historia misma de este conjunto humano. Es así, como toda producción

8 ORTEGA Y GASSET, José, *El tema de Nuestro Tiempo*, Alianza, Madrid, 1981, p.116.

9 ORTEGA Y GASSET José, *Historia como Sistema*, op. cit., p.14.

humana, que la Nación tiene, y debe tener, un carácter propiamente histórico que mira el futuro oponiéndose a la idea de Pueblo —o ciudad, como veremos más adelante— que vive sin proyecto futuro más que su propio pasado y presente; sin jamás traspasar esa dualidad que la estanca y la detiene frente a la “sustancia” misma de la Historia; el cambio.

La Nación es insustancial, no tiene una sustancia más que su carácter provisional y variable, porque como el hombre mismo su construcción carece de sustancialidad: “a la Nación la hace la historia, por eso es de tanta suculencia”¹⁰.

La Nación surgirá con la Modernidad como una *forma histórica* de la convivencia humana, así como antes en la historia se convivía bajo formas de Ciudad-Estado o Imperio. Pero si la constitución de estas ciudades, o incluso imperios, tenía como acto de existencia acuerdos o pactos debemos de comprender, junto con Ortega, que la constitución de la Nación es un acto previo y superior a la voluntad de constituyente de sus miembros. La Nación no puede ser fundada, tan sólo “se nace en ella”: “la Nación tiene un origen vegetativo, espontáneo y como sonámbulo: se engendra por proliferación, como una polípera, más acreencias aluviales, como las conquistas o las anexiones por causas dinásticas, que sólo se incorporan con efectividad social al núcleo inicial después de largo tiempo y también, por tanto, en forma de injerto vegetativo, de paulatina e indeliberada homogeneización. La *Polis*, en cambio, surge de una deliberada voluntad para un fin. Su origen, pues, es un *télos*. Este informa, anima y es la *Polis*, y como todo lo que es *télos* lleva en sí, viva y operante, la aspiración a la *teleiosis* —a la perfección—. Pero esta perfección no es sentida como la esperanza de un desarrollo futuro, sino como una calidad presente”¹¹.

La *Polis* vive atada a su propio presente, como una construcción humana sin razón de ser más que responder a su propio pasado-presente —a su *télos*, como nos señala Ortega— que la ata una y otra vez a un presente a-histórico, incapaz de ver más allá de su propio fin determinado de antemano. Como si viviera siempre atada a un presente que se niega a avanzar, la *Polis* frena el avance mismo de la Historia, tanto en el plano de los individuos como de la colectividad. La Nación, en cambio, posee no sólo la dimensión de su existencia presente, y de un pasado que construye y moldea este presente, sino por sobre todo una dimensión de futuro que se concreta por medio de “un proyecto de vida en común”.

A partir de lo que nos señala Ortega en la cita anterior es que podemos comprender el rasgo definitivo para diferenciar una Nación de una Ciudad, *Polis* o Imperio; y es que sólo en la primera está presente la “tradicción” y el “porvenir” como una constante que nos permite comprender la frase “en la Nación se nace”. No es simplemente la conjugación de factores lo que constituye la existencia de una Nación —como lo podrían señalar las definiciones tradicionales que nos remiten a razas, historia, costumbres o valores—, sino que lo

10 ORTEGA Y GASSET JOSÉ, *De Europa Meditatio Quaedam*, p. 77, en: ORTEGA Y GASSET JOSÉ, *Europa y la Idea de Nación*, Alianza, Madrid, 1985.

11 *Ibidem.*, p. 61.

que realmente es característico de la construcción nacional es la existencia de un proyecto sugestivo de vida en común que, sin ser teleológico, es dinámico a la vez que en constante cambio: “no es la comunidad anterior pretérita tradicional o inmemorial –en suma: fatal e irreformable– la que proporciona título para la convivencia política, sino la comunidad futura en el efectivo hacer”¹².

3. La superación de la inercia hacia el pasado; el reto de la Nación

Para Ortega la Nación *supera* la concepción de *pueblo* –como ya lo hemos señalado– ya que el primero significa una unidad de convivencia distinta de lo que entendemos por pueblo. Un “pueblo es una colectividad constituida por un repertorio de usos tradicionales que el azar o las vicisitudes de la historia ha creado. El pueblo vive inercialmente de su pasado y nada más”¹³. Y no es que Ortega nos quiera decir que el “pueblo” se oponga a la “nación”, es más, el pueblo convive dentro de la nación pero esta última añade a “los usos tradicionales inerciales” y “mecánicos” de un pueblo la aspiración de ser “la manera más perfecta de ser hombre, y por tanto, bien fundada y proyectada sobre el porvenir”¹⁴. Al respecto nuestro autor nos dice: “(...) la pretensión de representar la mejor figura de humanidad mantuvo en forma a los pueblos de Europa e hizo que su convivencia tuviese durante siglos el maravilloso y fertilísimo carácter de una grandiosa emulación de una lucha agonal en que se incitaban los unos a los otros hacia mayor perfección. Por esto nos hace ver que la idea de Nación, a diferencia de los pueblos que no son sino pueblos, implica, ante todo ser un programa de vida hacia el futuro”¹⁵. En la presente cita Ortega nos señala no sólo la diferencia entre un “pueblo” y una “nación”, sino que también nos presenta lo que a su juicio representaba una *crisis* en la Europa de su tiempo y la necesidad “continental” y “nacional” de proyectarse más allá de su mero presente, ya que; “las naciones de Europa se quedaron íntimamente sin porvenir, sin proyectos de futuro, sin aspiraciones creadoras”¹⁶.

Sin porvenir no existe nación, ya que esta responde a un proyecto de futuro constante como la vida humana misma que debe proyectarse siempre hacia el futuro. Si cada uno de nosotros es primero y ante todo *porvenir*, la nación, como proyecto de vida humana también debe serlo. La existencia de un pasado y de un presente siempre tiene en vista la existencia de un futuro, pro no “cualquier futuro” sino que uno que se construye “por y para el hombre”. Y, como señala Ortega, “el hombre es ante todo porvenir”, y un hombre sin porvenir se desmoraliza al igual que una nación. Sin la existencia de porvenir el hombre no avanza, es como si, frente a la inexistencia de un futuro, nos “sentáramos” a ver

12 ORTEGA Y GASSET José, *La Rebelión de las Masas*, s/d.

13 ORTEGA Y GASSET José, *De Nación a Provincia de Europa*, p. 15. En: *Europa y la Idea de Nación*, op. cit.

14 *Ibidem.*, p. 16.

15 *Ibidem.*, p. 17.

16 *Idem.*

como “todo pasa” pero sin que nosotros seamos realmente “actores de aquello que pasa” (la Historia misma). Por ello sin porvenir se produce un freno, o incluso una involución, en el proyecto del hombre mismo y, en la nación, como creación humana, sucederá lo mismo; “la idea de Nación, que había sido hasta ahora una espuela se convierte en un freno. Incapaz de ofrecer a cada pueblo un programa de vida futura los paraliza y encierra dentro de sí mismos”¹⁷.

Sin la creencia en si misma como proyecto, como empresa a futuro, que debe ser la Nación, esta se vuelve hacia el pasado para reafirmar su presente y justificar su precaria, a la vez que débil existencia. Pero no hay *esa empresa a futuro* a la cual adherir, y sin ella no hay *porvenir* y no se avanza superando los estados de naturaleza anteriores que no son más que el pasado histórico. Sin proyecto la Nación se vuelve anacrónica con respecto a su realidad Moderna, y carente de proyecto no duda sobre si misma y vuelve atrás: “la civilización europea duda a fondo de si misma. ¡Enhorabuena que sea así! Yo no recuerdo que ninguna civilización haya muerto de un ataque de duda. Creo recordar más bien que las civilizaciones han solido morir por una petrificación de su fe tradicional, por una arteriosclerosis de sus creencias”¹⁸. El hombre avanza desde la duda, al igual que las naciones y civilizaciones, con la certeza de un mañana, de un proyecto o empresa, que es urgente construir constantemente. Y es que ante la certeza de un mañana que vendrá, y ante la duda, como forma de “afrontar ese tiempo futuro”, el hombre, al igual que las naciones, se proyecta encontrando “(...) el elemento creador y el estrato más profundo y sustancial”¹⁹. De manera metafórica, pero con una claridad sorprendente, nos señala nuestro autor con respecto a la “duda”, y su función en la naturaleza del hombre y las naciones: “pero esta sensación de naufragio es el gran estimulante del hombre. Al sentir que se sumerge reaccionan sus más profundas energías, sus brazos se agitan para ascender a la superficie. El náufrago se convierte en nadador, la situación negativa se convierte en positiva. Todo ha nacido o ha renacido como un movimiento natatorio de salvación. Este combate secreto de cada hombre con sus íntimas dudas allá en el recinto solitario de su alma da un precipitado: este precipitado es la nueva fe de que va a vivir una nueva época”²⁰.

4. Las ruinas, la Razón Histórica y la Nación

La existencia de un mañana nos permite avanzar por sobre las “ruinas” del pasado. La inexistencia de aquel futuro como porvenir es lo que detiene a las naciones de su misión, y las vuelve hacia aquel nacionalismo hacia adentro propio de aquellos hombres pequeños que nos señala Ortega. Hombres pequeños que en su convivencia conjunta no pueden

17 *Ibidem.*, p. 18. Al respecto Ortega señalará posteriormente en el mismo texto: “los periódicos se ocupan principalmente en conmemorar las glorias caseras, en hablar de sus pequeños hombres, como nunca habían hecho hasta ahora. Al mismo tiempo se cultiva el folklore monumentalizándolo de una manera grotesca”.

18 ORTEGA Y GASSET, José, *De Europa Meditatio Quaedam*, *op. cit.*, p. 36.

19 *Idem.*

20 *Ibidem.*, p. 37.

escapar al pasado y se aferran a él de manera mecánica e irreflexiva, como si su identidad nacional –o supuesta identidad nacional– sea sólo “bailar al ritmo de otro tambor”: “¡ese baila con otro tambor! No es sino concentrar en una palabra abreviadamente y, por tanto, con deliberada exageración, decir que un pueblo consiste en puras manías acumuladas por el azar, que las mismas podrían ser otras cualquiera”²¹. Y la nación es superior a ese *vivir de manera inercial el presente* para “añadir formas de vida que, si bien articuladas con las tradicionales, pretender representar una manera de ser hombre en el sentido más elevado (...) bien fundada y proyectada sobre el porvenir”²². La nación surgirá en la modernidad superando las formas de convivencia humana anteriores y –es por que ello que Ortega nos señalará que la misma idea de que las naciones apelen a su “folklore” o a las reminiscencias del pasado para “encontrar su nación”– no es otra cosa más que volver a recoger las ruinas como si estas nos pudiesen dibujar un porvenir que no es tal. Por que las ruinas son eso; ruinas, y estas forman parte del pasado, no de nuestro porvenir. “Las ruinas, pues forman parte de la íntima economía de la historia. Las ruinas son ciertamente terribles para los arruinados, pero más terrible sería que la historia no fuera capaz de ruinas. Sentimos como una pesadilla la imaginación de que todas las construcciones del pretérito se hubiesen conservado. No tendríamos lugar donde poner nuestros pies”²³. De la misma forma como las *generaciones* avanzan unas sobre otras dejando atrás acumulativamente a antiguas formas, para “rejuvenecerse a si misma”, el cambio constante, la mutación, es la *esencia* cambiante de la historia. “Para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación hace tal cosa y es así porque antes hizo otra y fue de tal otro modo. La vida sólo se vuelve transparente ante la razón histórica”²⁴.

La relación entre la formación compleja de las relaciones sociales y su evolución encuentra en el pensamiento de Ortega su *razón* de ser por medio de la existencia de la *razón histórica*. Es por medio de esta última que la operación de “mirar hacia futuro como proyecto” se encuentra presente en las naciones, e imposible de encontrar en la Ciudad, Imperio o Pueblo. Nuestro autor nos dice: “el nombre nación es sobremanera feliz porque insinúa desde luego que ella es algo previo a toda voluntad constituyente de sus miembros. Está ahí antes e independiente de nosotros sus individuos. Es algo en que nacemos, no es algo que fundamos”²⁵. La nación es una empresa colectiva, e histórica, que mira hacia el futuro trazando un porvenir, no se funda ni mira constantemente al pasado –como la *polis* griega– sino que su legitimidad es una constante más allá de ese presente en el cual nos situamos. La nación es observar, desde el presente y sobre las ruinas de nuestro pasado, aquello que podemos abrazar como un porvenir, y cuanto con mayor conocimiento acomodamos esas desgastadas y ya obsoletas ruinas, mejor podremos observar, desde las

21 ORTEGA Y GASSET, José, *De Nación a Provincia de Europa*, op. cit., p. 16.

22 Idem.

23 ORTEGA Y GASSET, José, *De Europa Meditatio Quaedam*, op. cit., pp. 38-39.

24 ORTEGA Y GASSET, José, *La Rebelión de las Masas*, s/d.

25 ORTEGA Y GASSET, José, *De Europa Meditatio Quaedam*, op. cit., p. 62.

alturas de estas, *aquello que será* como proyecto deseable. Empresa, proyecto, quehacer, conceptos que revelan la naturaleza dinámica de ambas realidades: vida humana individual –la de cada uno de nosotros– y *nación*.

La nación no vive de nuestras voluntades, no consiste en ellas, sino que existe como una *realidad natural*²⁶. Y es que la Nación es una “realidad” que escapa a la ficción de constituir a la fuerza el grupo humano, y su *télos estático*, como si este pudiera ser traducido por medio de su pasado fundacional; la nación es un producto de la historia y su evolución en la conformación de aquellos pueblos que, conteniendo todos los elementos constituyentes de un “pueblo” comparte un porvenir que hace de nosotros “compatriotas” y no meros “con-ciudadanos”, como sucedería, a juicio de Ortega, en las antiguas Ciudades-Estado o Estados territoriales premodernos. A propósito de esta comparación de “naturaleza histórica”: “la nación es en este sentido un fenómeno menos puramente humano que la Polis si consideramos como lo más humano al comportamiento lúcidamente consciente. Claro que, por lo mismo, es más real, más firme, menos contingente y aleatorio. Todo lo que es plenamente consciente es –ni que decir tiene– más claro, más perspicuo y traslúcido que lo inconsciente, pero, a la vez, más etéreo y expuesto a súbita volatilización”²⁷. La *Polis* es una construcción humana y fundada bajo circunstancias y azares determinados, la Nación, en cambio, traspasa el mero acto fundacional –y su *télos*– para aceptar el “peligro” de buscar siempre proyectarse sobre si misma como si estuviera en constante construcción y suspenso. A la nación “no la hacemos, ella nos hace, nos constituye, nos da nuestra radicalidad sustancia”²⁸. Es por ello que la pobreza de contenidos que presenta una Ciudad es que está hecha por y para determinados individuos, a diferencia de la nación que está hecha “por la historia”. La Ciudad –como los Imperios o los “simples” Estados premodernos– son el producto de un momento; de un momento fundacional que busca perpetuarse en el tiempo contra la naturaleza misma de los hombres y su condición histórica, que es, por el contrario, la sustancia misma de la Nación; su condición y naturaleza histórica: “se nace en la nación y los individuos no la hacen un buen día, pero el caso es que, por otro lado, no hay nación si además de nacer en ella no se preocupan de ella y la van, día por día, haciendo y per-haciendo”²⁹.

Conclusiones

Cuando la interpretación del mundo se vuelve vieja y obsoleta los hombres caen en un estado de *perdición* con respecto a lo que son. El hombre, por tanto, se vuelve irreconocible a sí mismo cuando estas creencias agotan su capacidad de poder darle sentido a la vida misma; la vida –entonces– se vuelve algo sin credibilidad y ajena al hombre mismo. Frente a las crisis de las convicciones, usos y creencias, el hombre se siente abrumado;

26 *Ibidem.*, p. 28.

27 *Idem.*

28 *Idem.*

29 *Ibidem.*, p. 77.

superado por una realidad y totalmente *desconectado* de ella. A través de lo que hago puedo construir lo que soy, pero esa construcción es un imposible ahí donde la propia vida no es nada más que una construcción ajena y carente de sentido ahí donde las creencias no me pertenecen.

La Nación –a diferencia del “pueblo” que vive sin proyecto futuro más que su propio pasado y presente– es una construcción que se proyectan al futuro reconociendo la sustancia propia del hombre; el cambio. Así, la nación y el hombre carecen de sustancia –comparten el ser insustancial– no tener una sustancia más que su carácter provisional y variable. La Nación es un proyecto de vida en común ya que posee la dimensión de su existencia presente y, a la vez, una dimensión de futuro que se concreta por medio de “un proyecto de vida en común” no teleológico, sino en constante construcción como la historia misma. Sin proyecto la Nación se vuelve anacrónica con respecto a sí misma –se agotan sus creencias– y carente de proyecto no duda sobre sí misma y vuelve atrás sin poder avanzar hacia la única posibilidad que tiene de seguir viviendo; proyectarse sobre sí misma como si estuviera en constante construcción y suspenso, como la vida en sí.

Sin porvenir no existe nación, ya que esta responde a un proyecto de futuro constante como la vida humana misma. Si cada uno de nosotros es ante todo *porvenir*, la nación, como proyecto de vida humana, también debe serlo.*

Bibliografía

ACEVEDO, JORGE, *La Sociedad como Proyecto*, Universitaria, Santiago de Chile, 1994.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *De Europa Meditatio Quaedam*, en: ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Europa y La Idea de Nación*, Alianza, Madrid, 1985.

-----, *De Nación a Provincia de Europa*, en: IDEM, *Europa y La Idea de Nación*, Alianza, Madrid, 1985.

-----, *El tema de Nuestro Tiempo*, Alianza, Madrid, 1981.

-----, *Historia como Sistema*, Espasa-Calpe, Madrid, 1971.

-----, *La Rebelión de las Masas*, s/d.

-----, *La España Invertebrada*, Espasa Libros, Madrid, 1999.

*Artículo recibido: 25 de junio de 2013. Aceptado: 20 de agosto de 2013.



■

RESEÑAS

